

SAMBA

Érase una vez una criaturita llamada Samba, expoliadita al nacer, asesinadita en su cuna de maderas de ensueño por el latigazo del colonizador. Pobre papá, pequeña Samba, hijita, cuatro pelos sin norte en pleno imaginario de la infancia. Pobre papá, pequeña Samba, te ha preparado un porvenir de infierno helado. Pobre mamá, te dejó anoche, entre los restos de mandioca de su última cena, un trozo de su hígado arrancado en frío, para que te lo comas en el recreo de las once en la escuela donde aprendes francés para entenderte como esclava con los que han ocupado tu tierra por la fuerza, pequeña Samba. Érase una vez una criaturita mordida en la vena más tierna de la inocencia. Érase una vez una criaturita recitando la lista de los ángeles custodios, de los reyes profetas, de los veinticuatro ancianos, de los anacoretas, de los detergentes inorgánicos, de los libros del pentateuco, de las estrellas de la Andrómeda y de los coroneles de la tierra. ¡Dinos Samba! ¡Qué lugar ocupa nuestra producción de plomos, de vergajos, de panoplias, de luceros...! ¿Qué peso específico tienen cuatro sacos de tantalio? ¿Qué relación existe entre la selva, las minas de plata, la indiferencia y la Organización de las Naciones Unidas? ¿De dónde se extrae la médula de la conformidad...? Érase una vez una criaturita llamada Samba, que ignoraba cuanto le preguntaban e intentaba huir sobre las aguas del corazón de las tinieblas detrás de los cuarenta mandones, de la liebre emboscada, del mono parlante, de la ratita zorra, de la bella con botas, del gato durmiente, del patito lobo, del feroz presumido, de Barbanieves y de la leona azul. Pero la sombra del infierno es opaca. Y en el camino hacia el exilio, los árboles no dan sombra.

Ángel de la Aleja (Mbolo Moy Dole)